

Límites

P. Fernando Pascual

19-12-2010

Estamos limitados. Por el peso, que nos ata al suelo. Por el aire, sin el cual no podemos respirar. Por miradas ajenas, que coartan nuestra libertad. Por leyes más o menos precisas, que encanalan nuestros actos. Por la falta de medios concretos para realizar sueños muy anhelados. Por miedos que impiden conquistar metas buenas.

Los límites están delante y detrás, encima y debajo, fuera y dentro. Quizá nos fijamos más en los límites externos y olvidamos esos límites que crecen en nuestros corazones.

Los límites pueden llegar a asfixiarnos. ¿Cuántos deseos han naufragado por culpa de límites reales o ficticios? ¿Cuántos planes nunca han sido realizados por miedos y por carencias, subjetivas u objetivas?

Los límites tienen una fuerza enorme. Pero no determinan por completo nuestras vidas. Porque siempre vibran en los corazones sueños y deseos, energías internas capaces de reorientar la vida, de desbloquear miedos, de superar hostilidades, de avanzar por caminos nuevos, de saltar barreras injustas y de construir puentes para cruzar ríos caudalosos.

Estamos rodeados y envueltos por muchos límites. Pero por más que las fuerzas externas nos subyuguen o nos aplasten, dentro brilla la fuerza del espíritu.

Podemos, entonces, mirar al cielo, confiar en la ayuda divina, levantarnos del pecado, acudir al sacramento de la Penitencia, pedir perdón y empezar de nuevo. Podemos romper miedos que nos han inmovilizado durante días, meses o años. Podemos dar un nuevo paso hacia ideales bellos.

Los límites no son la última palabra de la vida humana. Desde la fe, el amor, la esperanza, es posible reiniciar cada día, con más ilusiones, el camino.

Desde el empuje de Dios, desde la mirada del Hijo, bajo el impulso del Espíritu Santo, somos capaces de repetir, como san Pablo: “Todo lo puedo en Aquel que me conforta” (*Flp* 4,13-14).